

El caminante

MIGUEL ABADI

[miguel@ime.unicamp.br]

Miro alrededor. Ando un poco. Vuelvo a mirar. Comienzo a entender donde estoy. Sigo mirando y andando. Laberinto. Pero como? No importa. Un instante de angustia por salir. No importa. Recuerdo el viejo truco: Siempre a la derecha, sin repetir los ciclos. Ando un poco más. En mi cuaderno, voy dibujando mi camino para no perderme. Algunos minutos, y la luz exterior me comienza a cerrar las pupilas. Unos cuantos pasos más y estoy en la calle. Tranquilo.

Comienzo a respirar andando lento. Nada se mueve en la calle. Todo cerrado. Ni personas, ni negocios, ni ventanas, ni puertas, ni. Una sensación pasajera que no consigo definir me recorre el cuerpo. Continuo andando y alrededor es solo casas cerradas y muros. Despues de algunas cuadras un impulso instintivo se apodera de mí. Comienzo a diseñar mi recorrido que dejo al azar. Me detengo un instante. Pienso. Inmediatamente hago la relación. Me dejo llevar por el camino trazado en la página anterior. Casi una hora repitiendo el percurso y repitiendose el escenario hasta que repentinamente aparece: La entrada del subte es la salida de este barrio angustiante.

Tomo el primer tren sin preocuparme por la dirección. Me aburro y en la próxima estación que puedo, cambio de tren. Vuelta a aburrir y vuelta a cambiar. Una y otra vez más. De repente, una sensación de déjà vu. Una creciente inquietud se vuelve a apoderar de mí. Abro mi cuaderno. Decido cambiar de tren siguiendo el diseño. No encuentro dificultades en encontrar cambios de tren siguiendo el tamaño de mis líneas. Mi recorrido acompaña mi diseño. La ansiedad me acompaña durante algunos trenes más Decido salir del subteraneo cuando llego a la salida en mi cuaderno.

Una sensación de pesadilla pasajera me invade. Me rio de mi mismo y comienzo a andar tranquilamente por la estación. Un paisaje más moderno me reconforta. La calma me vuelve al espíritu. El ánimo de las personas a mi alrededor me relaja. Las valijas van apareciendo cada vez en más de ellas. Algunas, con prisa, prefieren las cintas transportadoras. Las escaleras mecánicas subiendo conducen al hall principal. Leo "check in" por aqui, "tickets sale" por allá, "arrivals" más allá. Me digo, porque no aprovechar la tarjeta de crédito? Pido un pasaje para el próximo vuelo de cabotaje, no importa hacia donde. Una parada, otra. Llegamos. Más carteles indicadores de embarques, venta de pasajes. arriros. Quiero seguir viaje, alejarme más. Pido otro pasaje para el próximo vuelo. Un par de despegues y aterrizajes más. Todo es igual. Algunos aeropuertos bastan para saber que aeropuertos, al igual que shopping centers, son iguales en cualquier lugar. El impulso me lleva. -Un pasaje para el próximo vuelo, por favor-. Repentinamente, hundido en el asiento j16 ventanilla, un escalofrio y aquella sensación de ya visto me recorre el cuerpo nuevamente. Recojo con manos temblorosas todos los tickets de embarque. Reviso horarios de partida, voy recordando horarios de llegada. Saco mi cuaderno y comienzo a trazar líneas: Una hora de vuelo igual a un centímetro. Una línea a continuación de la otra, mi inconciente me va guiando la mano para no interrumpir el trazado. Me detengo. Me espanto. Continúo. Me detengo. Me

apavoro. Ya no preciso dar vuelta la página para confirmarlo. La media hora restante de vuelo me carcome la ansiedad. Llegamos y voy corriendo a comprar un nuevo pasaje. La atendente se sorprende cuando con voz jadeante pido: -Un pasaje con dos conexiones: el primer tramo que dure 4 horas, el segundo 1 hora y media, el tercero 3 horas, no importa hacia donde, pero que parta pronto, por favor-.

La tensión me domina los primeros momentos del nuevo vuelo. Después entiendo que no tengo de que preocuparme.

Salgo finalmente del aeropuerto. De los aeropuertos. Alcanzo la calle. Ando un poco. Me detengo. Levanto la vista y observo las estrellas. Pienso que por suerte no han inventado aún los transportes públicos espaciales. Siento el peso del cuaderno en mi mano. Siento unas ganas locas de arrojarlo al viento. Mi educación contenida me hace conformarme apenas con caminar algunos cuantos pasos hasta el próximo tacho de basura. Abro la mano. Oigo el ruido del cuaderno llegando al fondo del tacho casi vacío. Respiro hondo y sonrío para dentro mío. Prendo un cigarrillo y vuelvo a caminar, tranquilo, sin dirección.